

de la soberbia. El sacerdote, ó mas adulator, ó menos sabio, porque Osualdo era Señor temporal de aquel lugar, no se atrevió á negar lo que debía negarle: previno una Hostia grande para comulgarlo; pero al llegar ya á recibirla, hizo Dios lo que no supo el mal sacerdote; porque al llegar la Hostia á la boca, abriéndose derrepente la tierra debajo de sus piés, iba á tragarlo, de modo que hasta las rodillas quedó enterrado: al caer, asiéndose de la esquina del Altar, como si esta fuera de blanda cera, así se le enterró en ella la mano; y conociendo él el enojo de Dios, se arrepintió y empezó á pedir perdón á voces. Mas con todo eso, no pudiendo todavía tragar la Hostia, volviéndola á recoger el Sacerdote, la guardó en el Sagrario, donde hasta hoy se conserva teñida de color de sangre, haciendo repetidos milagros. Osualdo así castigado de Dios, cayó en una grave enfermedad, en que bien arrepentido de su locura y soberbia, confesado y humilde, murió dentro de pocos dias; y para ejemplo comun, escrito en una tabla de bronce, se guarda este milagro en un pueblo llamado Cebel, en el condado de Tirol. Donde Dios hace el extremo mas admirable de su humildad, ¿qué tiene la humana soberbia que ostentar su hinchazon? Si la fé reconoce y confiesa que no recibe menos de Dios el que en aquel Sacramento recibe una pequeña partícula, que lo que recibe el sacerdote en la Hostia y en el Cáliz, reconózcase nuestra nada, cuando así todo un Dios se ciñe; conózcase nuestra miseria, cuando así el inmenso se abrevia, y ésta será disposicion agradable para que el abreviado Dios en aquel Sacramento extienda y dilate en nuestras almas la inmensidad de sus beneficios, y los interminables bienes de su gloria.

PLATICA XLVII.

DE LA SOBERANA JUNTA QUE SE HALLA EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA POR CONCOMITANCIA.

A 6 de Junio de 1694.

EN union admirable los cielos, tan coligados sus orbes, tan trabadas entre sí sus esferas forman la dulce armonía con que dán á conocer su Soberano Autor; que tocar uno solo, fué moverlos todos; imprimir en el primer mobile el impulso, fué avivar en todas las demas esferas la carrera. Corren y se mueven veloces tan inmensos Orbes, todos á un impulso, á un movimiento todos: *Unos omnes*; tan en andar de cielos, por unidos, que fuera acabar con toda la naturaleza querer detener suspenso el uno, cuando el otro veloz se gira; fuera desencadenar todo el teatro del mundo, querer parado á un cielo cuando los demas vuelvan. Esa es la liga prodigiosa, de que resulta la proporcion de los tiempos, la armonía hermosa de las luces,

las estaciones apasibles de los años, y la variedad admirable de las influencias, obedecer encadenados los cielos á su primer mobile, seguir todos concordados á aquel primer impulso. Y si en la Eucaristía es donde mejorados los cielos abrevió Nuestro Señor Jesucristo sus tesoros, mejor retrata en ella con el movimiento de todas las mas Divinas Esferas, coligadas las luces, realzada la armonía, aventajadas las influencias. Un cielo, digámoslo así, primer mobile, es el que á las palabras del sacerdote en la Consagracion se mueve; mas luego por la union á ese cielo, ¿qué se vá moviendo de cielos? ¿qué se vá revolviendo de esferas? ¿qué vá corriendo de Soberanos Orbes á llenar este Sacramento de todo cuanto Dios es, de todo cuanto Dios tiene, y de todo cuanto Dios puede? Esas son las que así llamamos concomitancias, punto ahora de nuestra doctrina.

Por virtud pues de las palabras de la Consagracion, solo se pone en la Hostia el Sacrosanto Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, entero, cabal, perfecto; con sus miembros todos, huesos, nervios, partes entre sí distintas, que componen su perfectísima simetría; pero solo el Cuerpo. (*Conc. Tr. ses. 13. c. 3.*) Por virtud de las palabras de la Consagracion, en el Cáliz solo se pone la Sangre de Nuestro Redentor; la misma que por nosotros derramó en la Cruz; (*D. Th. 3. p. q. 76. art. 1.*) pero la Sangre sola. Ese es solo el primer mobile á donde toca la fuerza de las palabras: eso, quiero decir, es solo lo que las palabras significan, y lo que para su verdad, que es la misma verdad de Dios, es necesario que se ponga en una y otra especie: en el Pan; *Este es mi Cuerpo*: en el vino; *Este es mi Sangre*. Por eso pues decimos, que por fuerza de

las palabras, en la Hostia solo se pone el Cuerpo: por fuerza de las palabras, en el Cáliz solo se pone la Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo; porque eso es lo que solo dicen, eso es lo que solo expresan las palabras. Mas hé aquí que como al primer mobile van siguiendo allí todos los cielos, aquí mejor corren veloces todas las Esferas de la Divinidad; porque como el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, no está separado de su Sangre, ya por esa natural compañía, que llamamos concomitancia, está en la Hostia con el Cuerpo tambien la Sangre del Señor; y como su Cuerpo y su Sangre están unidos con su Alma Santísima, hé aquí en la Hostia con el Cuerpo y la Sangre tambien el Alma. Aun se van moviendo mas cielos, porque ese Cuerpo y Alma, unidos por la union hipostática á la persona del Verbo, que en sí misma tiene la Divinidad, no pudiendo separarse, corren el movimiento Divino á ponerse en la Hostia, y así queda el Cuerpo, la Sangre, el Alma, la union hipostática, el Verbo y la Divinidad, todo en la Hostia; y por decirlo en una palabra, todo Cristo como está en el cielo. Lo mismo debemos creer en el Cáliz; de modo, que siendo solo un cielo el que por las palabras se mueve, son todos juntos los cielos los que por su union se trastornan.

¡Oh demostracion de liberalidad por todas partes inmensa! *Este es mi Cuerpo*. No dijo mas el Señor cuando nos lo daba todo; y apoca el dón con las palabras, cuando en la realidad hace tan infinitos los beneficios, que no le queda mas que dár. Suele, ya un amigo liberal con su amigo, ó ya un esposo con su esposa, que cuando quiere mostrarse mas generoso, dá un bellissimo diamante engastado en una sortija; y con todo eso apoca la dádi-

va con palabras; Tomad esa sortija, dice, por muestra de mi amor; y no menciona la preciosa piedra que la hace inestimable, nombrando solo aquel poco de oro que forma la sortija. Así pues con exceso infinito, el Señor enamorado y generoso, tomad, nos dice: *Este es mi Cuerpo*, que es el oro; como si dijéramos que es la sortija; y no nombra, y no menciona el Alma que en ese Cuerpo nos dá unida; y no menciona la Divinidad, que es Diamante de infinito valor, que nos dá en esa sortija engastada. Esta prueba suma de amor singularísimo, es la que notó Salomón; (*Cant. 8. vers. 7.*) solo para un Dios hecho Hombre: *Si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione; ó como otros leen (pro dilecta) qua si nihil despiciet eam.* Este es el sumo exceso del amor, que cuanto por el amado se dá todo cuanto se tiene, le parece al que ama, que aun no dá nada. Así pues le sucede á nuestro Salvador en este Sacramento, que no solo nos dá la habitacion, que es su Santísimo Cuerpo; no solo los tesoros todos, que son los infinitos méritos de su Sangre, sino que nos dá el habitador de esa casa, que es su Alma, el Dueño de toda su riqueza, que es la Divinidad: *Omnem substantiam domus suæ.* Y siendo todo eso lo que nos dá, como si no nos diera nada, no dice mas, sino: *Este es mi Cuerpo, quasi nihil despiciet eam.*

Siguese de aquí otra fineza inexplicable con que toda la Divinidad se abate hasta lo sumo solo por nuestro amor. Es pues solo el Cuerpo de nuestro Redentor el que principalmente se pone en la Hostia por virtud de las palabras. Está allí tambien su Alma y tambien su Divinidad; ¿pero quién tiene el primer lugar en el Sacramento? ¿Quién prefiere allí? ¿El Cuerpo de Cristo, ó su Divinidad?

¡Oh humildad indecible de un Dios! El Cuerpo es allí el que tiene el primer lugar, el que se lleva la preferencia. A la manera que un Rey grande, si en el día que se casa su Privado se dignara por gran fineza asistir á sus bodas, de ser su padrino: en tal caso, no dejando de ser Rey, no dejando de ser superior, con todo eso en aquella funcion, en aquel acto, el primer lugar, la preferencia la tenia el vasallo, porque este era el esposo, era el novio. Así pues, porque su Cuerpo, porque su Carne virginal es la que en este Sacramento se viene á desposar con nuestras almas, á estas tan soberanas bodas asiste la misma Divinidad; pero dándole al Cuerpo la preferencia, porque es el Esposo; y abatiéndose Dios porque el hombre se exalte: *Este es mi Cuerpo;* no dice, *esta es mi Divinidad*, estando como está allí: *Este es mi Cuerpo;* porque esé es el con que Dios se abate para que la criatura lo alcance: *Et declinavi ad eum ut vesceretur.* A la manera que al volver del sueño, el infantillo tierno levanta los vagidos, y la ama amorosa por sosegarlo presto, aun en la misma cuna, para darle el pecho, se dobla y se inclina toda; y siendo el pecho solo el aplicado al sustento, con todo eso, porque está unido á su cuerpo lo acompaña todo el cuerpo, toda el alma, y toda ella se inclina con el pecho. Así pues hace la union, que siendo el Cuerpo de Cristo el que solo mencionan las palabras de la natural compañía y estrecha union que entre sí tienen, le sigue en la Hostia la Sangre, el alma y toda la Divinidad.

¿Qué maravilla es esta tan estupenda, que no pudieran alcanzarla ni aun los Serafines? Dinocrates, refiere Plinio, (*lib. 34. cap. 14.*) llegó á crear de no sé qué Filósofos, que el sol no era

todo mas que un muy grande globo de hierro encendido; y de este craso engaño se le siguió otro mayor error, que fué intentar parar en su carrera al sol. Para esto al grande templo de Arsinoo le fué poniendo sobre el techo unas grandes tablas de piedra imán, persuadido de que siendo de hierro el sol, estas piedras bastarian á dejarlo suspenso sobre aquel templo, para su mayor hermosura, para su mayor esplendor. Y si es tan digno de risa este tan duplicado yerro, dado que lo consiguiera, ¿qué sería ver al sol todo parado, todo suspenso al atractivo de una piedra? Pues ¿qué tiene que hacer este material sol; mejor diré, ese negro tizon, respecto de la Divinidad que, á Imán mas soberano, mas poderoso, es atraída por el Cuerpo de Cristo á la Hostia?

Y de aquí ya todo junto lo mas supremo de los Cielos, porque no pudiendo estar la naturaleza Divina, que es una sola en todas tres Personas, sin que estén en ella todas tres, síguese que en este Divinísimo Sacramento, por la misma natural necesaria concomitancia, están con el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo, con especial presencia; de modo que aunque por imposible dejáran de estar como están en todo lugar, estuvieran todavía en este Sacramento. Qué mucho pues que aquí digamos sin temeridad, lo que en otras cosas fuera error, que no puede Dios hacer mas, siendo infinita su Omnipotencia, que lo que ha hecho ya en el Sacramento de la Eucaristía, donde juntas con toda su Divinidad, todas sus perfecciones, cuanto llena todos los Cielos, lo tenemos abreviado en la Hostia.

El Padre Francisco García, (*Mir. c. 1.*) de nuestra Compañía, antes de ser Sacerdote, padecía gra-

ves tentaciones y dudas sobre cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad, estando en el Cielo, estaban juntamente en la Hostia Consagrada; y un dia le quiso Dios sosegar con esta vision; porque al alzar el Sacerdote, vió con un modo maravilloso que aquella Hostia misma se iba levantando hasta el Cielo, y que la Santísima Trinidad estaba en ella en figura de un tronco que con tres ramos se sublimaba hasta el Empireo. Y á esta vista desaparecieron de su alma las tinieblas; y le quedó tan llena de luz, que repetía á gritos que daría mil veces la vida por confesar esta verdad católica, en que no le quedó la menor duda. Esto mismo le mostró el Señor á la Beata Agueda de la Cruz, monja Dominicana, (*Haut. n. 949.*) con tanta expresion en la Hostia toda la Trinidad Santísima, que decia y afirmaba que ella no lo creía ya, sino que lo veía.

Mas de aquí me opondrán una buena duda que se sigue; y es, que si en la Hostia está el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Redentor, ¿para qué luego se consagra de nuevo el Cáliz, si eso mismo es lo que se pone debajo de las especies del vino? ¿Si tanto está en la Hostia como en el Cáliz, para qué son dos distintas Consagraciones? Buena pregunta. Por dos razones; una de parte del Sacramento y otra de parte del Sacrificio: de parte del Sacramento, porque queriéndonoslo instituir el Señor en forma de convite, por eso quiso que fuese en comida y en bebida, que uno y otro es menester para un convite: otra de parte del Sacrificio; porque siendo éste una representacion, un retrato de aquel Sacrificio sangriento que ofreció el Señor por nuestra vida en la Cruz; si allí derramó y virtió toda su Sangre,

quiso por eso que aquella separacion se representara aquí, poniendo por virtud de las palabras solo el Cuerpo; y por virtud de las palabras en el Cáliz la Sangre sola. Y hé aquí porqué siendo lo mismo que está en la Hostia lo que se pone en el Cáliz, con todo eso se repite la Consagracion para repetir así el Sacrificio de la Cruz.

La Beata Isabel Esconaugiense, oyendo un día misa, despues de la Consagracion, al poner el sacerdote la Hostia sobre el Cáliz, vió que no quedando en el Cáliz una sola gota, en la Hostia estaba Nuestro Señor Jesucristo crucificado; y viendo luego correr de su Cuerpo ríos de sangre, quedándose el Cuerpo como antes lo miraba en la Hostia, aquella Sangre que caía rebosaba en el Cáliz. Así le mostró el Señor cómo en este incruento Sacrificio se representa al vivo el de la Cruz.

Y ya, si así toda la Divinidad la tenemos en este Sacramento, ¿qué se sigue á la veneracion, al culto, á la adoracion que le debemos? *Nullus dubitandi locus relinquitur*: que no queda ni la menor duda, dice el Santo Concilio de Trento. (*ses. 13. c. 5.*) sino que con aquella misma adoracion de *Latria*, que en el cielo rinden los Angeles á la Beatífica Trinidad, esa misma le debemos nosotros rendir con toda el alma en este Santísimo Sacramento. ¿Dónde está todo el amor, si aquí no se emplea? ¿Dónde toda la devocion, si aquí no se enfervoriza? ¿Dónde todos los obsequios rendidos, si en este Dios Sacramentado no se logran?

Pondera bien el gran Escoto (*in. 4. dist. 8. q. 1.*) digno Príncipe de su Escuela, que toda la devocion, todo el fervor de la Iglesia, parece que mira como á su fin, busca como á su centro á este Sacramento Santísimo: *Quasi omnis devotio in Es-*

clesia es in ordine ad hoc Sacramentum. Los Templos, los altares, los sacerdotes, las funciones, las fiestas, todos los demas Sacramentos con admirable armonía, como los inferiores planetas, son todos en orden á este Divino Sol que los ilumina; ni discrepa Santo Tomás (*3. p. q. 65. art. 3.*) que en este Sacramento mira epilogada la virtud de todo lo sagrado: *Feré omnia Sacramenta in Eucharistia consumantur.*

A esto pues sale el Juéves, por esas calles triunfante nuestro Dios; á robar corazones, á avasallar los afectos de las almas, á que con una singular y rara significacion le mostremos nuestro agradecimiento, dice el Concilio Tridentino, singular y raro. ¡Oh, cuánto para serlo pide de fineza, de amor, de ternuras, de devocion, de humilde reverencia! ¡Oh, si retratáramos la fiesta del Corpus que celebran en el cielo los Angeles! Mostróselo el Señor muchas veces á la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar; vealo el curioso en su vida, donde hallará motivos de gran fervor á la piedad y de grande regocijo al corazon en esta fiesta.

Entre otras, refiere el Venerable padre Luis de la Puente, su confesor, en el Libro segundo de su vida, capítulo veintiocho, que el año de mil seiscientos veintidos, los Angeles que le asistian, llevaron en espíritu al cielo á la Venerable Marina; y me presentaron, dice ella, delante de Dios Nuestro Señor, Trino y Uno, donde su Divina Magestad me hizo merced de mostrarme con gran luz el Misterio de la Santísima Trinidad, y en medio de aquel pecho Divino, vi el Misterio del Santísimo Sacramento del Altar: de ahí á un rato, vi al Arcángel San Miguel vestido de una rica vestidura de Gloria: tenía en la mano una bandera de los

mismos colores, y por remate una Cruz de riquísimo oro, y en ella dibujada una Hostia, figura de este Divino Sacramento; y parecía que estaba en ella el Señor. De esta suerte el Santo Arcángel, acompañado de gran número de Angeles, vestidos de la misma librea y cantando dulcemente, (¡oh, qué procesion, si la viéramos!) daban una vuelta en contorno de toda aquella Patria Celestial; y por el camino, á un lado y á otro, habia hileras de Angeles postrados en el suelo de aquel cielo, que con gran humildad adoraban á aquel Señor; y con la bandera del Santo Arcángel iba tocando á los Angeles de un lado y del otro. En acabando esta procesion, San Miguel se llegó delante de la Beatísima Trinidad, y allí abatió la asta de la bandera delante de la Magestad de Dios, y oró diciendo: Suplícote, Dios y Señor Nuestro, Dios de grande Magestad, en nombre de todos los Espíritus Celestiales, nos hagas merced de conservar y aumentar en tu Santa Iglesia y en tus fieles, la devocion y veneracion de este Divino Sacramento. Y el Señor con apacibilidad grande respondió que habia oído sus oraciones, y dió muestra de que se haría, y echóles su bendicion. ¡Oh! y la heche sobre nosotros, para que con fervor del alma acompañemos á los Angeles en nuestras veneraciones rendidas á este Divino Sacramento. ¡Oh, Arcángel Soberano, San Miguel, no ceses en tus ruegos, para que lloviéndonos del cielo llamas de amor divino, llevándonos tú en estandarte, sigamos la procesion en esta vida, de modo que vallamos á celebrar en tu compañía tan regocijada fiesta en la gloria.

PLATICA XLVIII.

DE LOS ADMIRABLES EFECTOS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO
DE LA EUCARISTÍA.

A 20 de Junio de 1694.

DÓNDE mas prodigioso el Nilo? ¿en lo escondido de sus manantiales, ó en lo patente de sus avenidas? Tan escondido antes, que burlando á la curiosidad todas sus diligencias, jamas pudo averiguarle su principio; pero tan patente luego, que llenando aun á los codiciosos deseos sus ansias, son estrechos márgenes de su cauce las mas dilatadas llanuras del Egipto; ¿y todo para qué? Para que lo que ocultó tan recatado en su principio, lo vierta luego en raudales de beneficio, alegría de los hombres, vigor de las plantas, fecunda vida de la tierra, que trayendo en avenidas las cosechas, hace que solo en Egipto no atiendan los labradores al cielo, cuando en las aguas de su río gozan mejorados, á la abundancia, á la salud, á la